

Esta es la leyenda lúgubre, roja y negra, de una noche de infortunio en nuestros anales patrios — serie de sangrientas lides y refriegas heroicas, duelos en que se envolvieron en crespones luctuosos nuestras águilas —... Mas de las tinieblas de tantas catástrofes surgen claridades de aurora, alba de las futuras epopeyas!...

.....

.....

¡ Mirad el ejemplar desfile, oh Ejército, oh juventud nacional!

¡ Hacia el Porvenir!



I

## LA BATALLA DE PALO ALTO

CARILLA ALFORJINA  
MUSEO HISTORICO



General Antonio López de Santa Anna,  
Presidente de la República Mexicana.

I

### LA BATALLA DE PALO ALTO

¡ En qué triste situación se encontraba nuestro llamado *ejército del Norte* cuando definitiva y oficialmente se rompieron las hostilidades entre el gobierno de los Estados Unidos y nuestro entonces revuelto y desdichado país!

Tropas veteranas, acostumbradas á las más duras privaciones, casi desnudas, muertas de hambre, estaban abandonadas en duros climas, teniendo que batirse constantemente desde hacía más de diez años, ya con los *texanos* rebeldes, ya con las hordas que pululaban entonces por aquellas regiones.

Innumerables y constantes fatigas abrumaban las infelices huestes del Norte, que no contaban sino con un malísimo armamento, con escasas municiones y con heterogénea, pesada y antigua artillería, falta de trenes propios y sin ganados de tiro.

La oficialidad compartía también la miseria de la tropa, teniendo sus *haberes* en continuo atraso, viéndose obligada á particulares trabajos para ayuda de su sustento, acudiendo al servicio militar á la hora del

peligro, dispuestos á batirse briosamente con el enemigo á la orden de sus jefes, mientras allá en el interior de la República estallaban los *pronunciamientos* de los cuerpos preferidos y mimados por los gobiernos tiranos que se sucedían unos á otros, tras intrigas odiosas y atentados atroces.

Poco antes de que estallara la guerra el gobierno del general Herrera dirigió su mirada á ese valiente y malogrado ejército, para que fuese el que contuviera el torrente invasor, enviándole por refuerzos dos divisiones al mando de los generales Filisola y Paredes: pero los abominables manejos de odiosos traidores detienen en su marcha estas tropas cuya misión cambió de súbito, volviendo sus armas contra el mismo corazón de la patria cuando el enemigo presentaba sólido y terrible ejército para invadirnos!

En efecto, el 15 de Enero de 1846 recibía órdenes el general norteamericano Zacarías Taylor de avanzar con sus tropas en el Norte hasta Matamoros, estableciéndose antes en la ranchería llamada del *Frontón de Santa Isabel*.

Nuestro ejército del Norte á la noticia de este movimiento se concentró en aquella ciudad, al mando del general Mejía.

Los bravos habitantes del *Frontón* incendiaron sus chozas, devastando los campos, para no dar subsistencias al enemigo de su patria, replegándose hacia las márgenes del río Bravo. ¡Digna conducta que si hubiese sido imitada por todas las poblaciones amagadas por el invasor, habría hecho costosísimo el triunfo; pero en el interior del país había un oscurecimiento enfermizo y una debilidad inmensa que abrumaba los ánimos esterilizando todas las energías!

El ejército norteamericano ocupó sólidamente el *Frontón*, estableciendo grandes y bien provistos almacenes de guerra á donde fueron llegando largos trenes



James Nox Polk,

Presidente de los Estados Unidos que declaró la guerra á México.

de carros con buenos viveres, municiones y repuesto de armamento y equipo, poniéndose en comunicación con las fuerzas marítimas del Golfo.

Una vez bien establecida la base de operaciones del



El general Ampudia había sido nombrado por el Gobierno mexicano, General en jefe del Ejército del Norte.

Desde que llegó á Matamoros, á donde se adelantó en marchas forzadas, hizo activar los trabajos de defensa disponiéndose á ejecutar su plan de ataque sobre los americanos, el que consistía en pasar el río y atacar sin pérdida de tiempo al enemigo antes que se organizara con más numerosas fuerzas; mas sucede entonces que el Gobierno le quita el mando en jefe, nombrando en su lugar al general Arista, quien desde luego le ordena que suspenda toda operación ofensiva hasta que se le una.

Irritado Ampudia con esto y soñando en un triunfo seguro, intenta desobedecer y trata de ejecutar su plan de ataque, reuniendo previamente una junta de guerra en la que expuso su decisión; mas los generales y jefes subalternos entre los que no era popular y por cuyas observaciones, expuestas en diversas cartas y notas al gobierno, se le había quitado el mando en jefe, se opusieron á secundarlo.

Entonces no tuvo más remedio que esperar la llegada del general Arista, devorando su rabia y envidia.

¡Desde ese momento se arrojó en aquel ejército, que debía ser todo unión y confianza en la voluntad y talento del jefe director, — la discordia más abominable, una de las fuentes principales de todas y cada una de las sangrientas catástrofes de esa guerra de infausta memoria y de tan dolorosas enseñanzas para el ejército mexicano!

Ya podía desde entonces preverse la falta de unión y de acción en nuestras tropas, obra de repugnante

execrable egoísmo de muchos de los jefes que habrían de batirse aisladamente, sin concurrir con sus esfuerzos al objetivo de un plan estratégico ó táctico, bajo una dirección superior y única.

¡Ya tendremos que ir haciendo siempre, después de cada función de armas de esta campaña, la misma tristísima observación!

Mientras llegaba el general Arista las tropas americanas proseguían con gran actividad sus trabajos de defensa y ataque en el fuerte Brown, apenas hostilizados por algunas partidas de caballería mexicana que solían sorprenderlos entre el Frontón de Santa Isabel y el río Bravo.

Habiendo llegado Arista al rancho del Solinceño, hizo reunir allí toda la caballería, el Batallón de Zapadores y dos compañías ligeras, fuerza que á las órdenes del general Torrejón pasó el río el día 24 de Abril, yendo á situarse sobre el camino del Frontón á Matamoros, con el objeto de cortar sus comunicaciones al enemigo, obligándole á dar batalla para recuperarlas.

Naturalmente este plan fué censurado por el general Ampudia.

El resto de las tropas 12 piezas de artillería se dirigieron á pasar el río para unirse con la primera sección; pero este movimiento fué advertido por las avanzadas de Taylor, y como no se llevaron barcas para pasar rápidamente, la operación se dilató cerca de 24 horas, dando tiempo á que el adversario evitara ser envuelto y atacado con fuerzas superiores, pues al punto el mismo general Taylor con 2 000 hombres, del fuerte Brown se había dirigido al Frontón.

Evidentemente que si el paso del río se ejecuta con rapidez, la derrota de los americanos habría sido segura.

¡Quién sabe entonces lo que hubiera influido este primer triunfo en el curso de la guerra!

Arista ve frustrado su primer plan; mas comprendiendo que Taylor regresaría por el mismo camino en auxilio del fuerte Brown, dispuso que la plaza de Matamoros lo hostilizara con sus fuegos en tanto que Ampudia al frente del 4º de infantería, el batallón de Puebla, dos compañías de Zapadores, 200 hombres del Regimiento auxiliar de las villas del Norte, el batallón de Morelia y 4 piezas de artillería, atacaba el campamento y el citado fuerte, por la margen opuesta.

Libróse un terrible combate el día 5 de Mayo. Nuestras fuerzas lanzadas vigorosamente al asalto, después de un vivo cañoneo, se apoderaron de las obras exteriores de la fortificación; su jefe, el Mayor Brown, cayó herido de gravedad defendiéndola heroicamente, y ya estaba á punto de rendirse aquella cuando salvó Ampudia que el general Taylor con 3000 hombres y numerosa y buena artillería avanza del Frontón en auxilio del fuerte.

Entonces, desistiendo del asalto del punto, volvió la fuerza mexicana rumbo al campamento de Palo Alto.

Allí, sobre una amplia llanura, se formaba en batalla el cuerpo de ejército del general Arista, frente al enemigo que ocupaba desde la mañana del 8, por la dirección del general Taylor, posiciones apropiadas para que su ejército maniobrara según las circunstancias, oculto tras el pasto, intentando evitar el encuentro de nuestras tropas, para reunirse con las suyas frente á Matamoros, llevando tras sí hacia las posiciones ofensivas de la margen derecha del Brazo un gran tren de provisiones de boca y guerra.

El general Arista, cuyo campamento había establecido

en los tanques del Ramireño, retrocediendo de Palo Alto donde primero se encontraba, por falta de agua, fué á presentar sus tropas en batalla, cuya línea se formó después del mediodía.

Se apoyó la derecha en una pequeña altura, y la izquierda sobre terrenos pantanosos, formando los batallones y regimientos de infantería en una sola línea, tras de la que se colocaron dos pequeñas columnas de caballería, entre cuyo intervalo se situó una batería de dos piezas ligeras. Á eso de las dos y media de la tarde se reforzó nuestra batalla con las tropas que traía el general Ampudia, después del ataque del fuerte Brown, formando por parte nuestra el ejército mexicano en disposición de combatir, unos 3000 hombres y 16 piezas de artillería.

Las baterías enemigas integradas con cañones de grande alcance, hasta cuyo emplazamiento no podían llegar los proyectiles de las nuestras, rompen de súbito un vivísimo fuego sobre las apretadas columnas mexicanas que iban entrando lentamente en línea de batalla. Nuestras baterías contestaron entonces; pero sus fuegos no tenían el alcance necesario y apenas sirvieron para dar ánimo y confianza á las mexicanas tropas, ansiosas de combatir cuerpo á cuerpo con los enemigos extranjeros que por primera vez las desafiaban!

Momentos antes de que tronara el primer cañonazo, el general Arista recorrió á caballo todo el extenso frente de las tropas desplegadas en batalla, arengando á los batallones con vivísimas frases de entusiasmo, llamando *vivas* á la República y á la Patria, al desplegarse las banderas y estandartes, en tanto que los clarines rompían en alegres coros, y las cajas de guerra

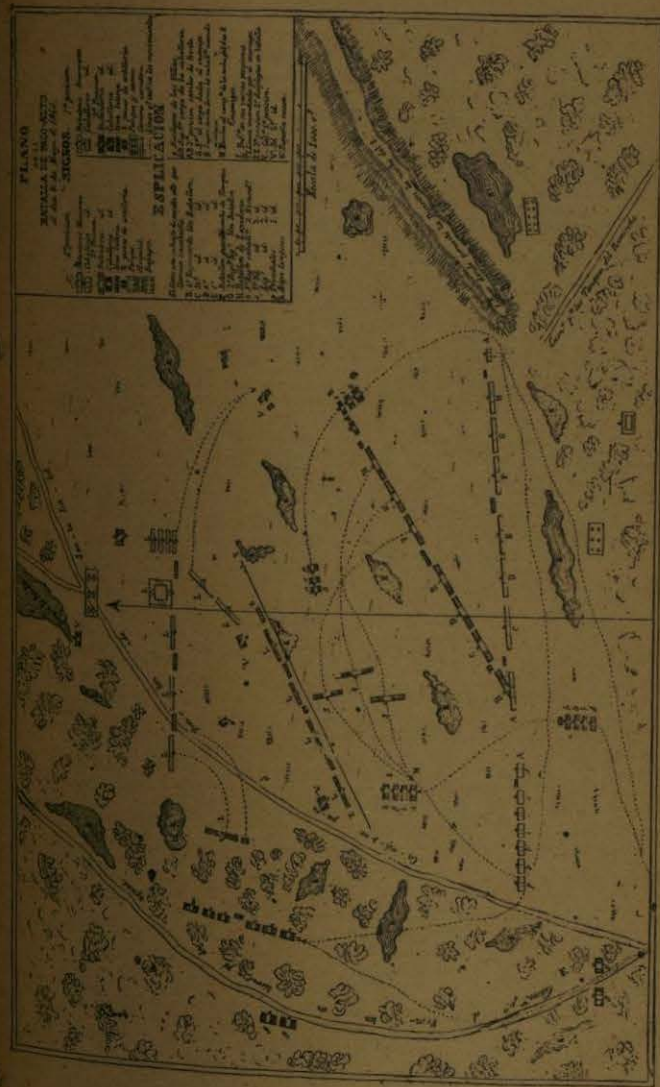
retumbaban sus redobles en las dianas, acompañados por la ronca gritería de las tropas delirando por el combate.....

Y en tanto, allá á lo lejos, en el fondo de la llanura tras los espesos y altos *sacatales*, la primera línea del ejército americano, toda compuesta de cañones, apoyados y sostenidos por compañías de infantería y caballería, se disponía á vomitar su metralla y á escupir el hierro de sus balas, tranquila, á cubierto y á mansalva, puesto que hasta sus posiciones no llegaron las nuestras.

El general Taylor, cuyas fuerzas componían los batallones veteranos 3º, 4º, 5º y 8º de Infantería, más una batería de á dieciocho y dos ligeras, intentó pasar sobre nuestro flanco derecho para seguir por el camino de Matamoros, ocultando este movimiento frente á nuestras tropas, primero con el fuego de sus baterías, y después con el incendio del pasto, cuyas espesas humaredas tendieron enorme cortina sobre sus posiciones.

Arista comprende la intención de su adversario, tratando de impedirlo, hace destacar al general Arreola con una columna de caballería, sobre el flanco derecho enemigo, intentando envolverla por ese lado al mismo tiempo que la línea de batalla mexicana verificaba un cambio de frente á la izquierda, produciendo una enorme conversión bajo el fuego certero de las baterías americanas que abrían espantosos huecos en nuestras filas sin que de ellas partiera un solo tiro.....

La columna de nuestra caballería, barrida por los cañones enemigos, galopando en torno de terrenos cenagosos, se va desmoronando; se amontona —



poder, — lo mismo que la infantería, — batirse con los contrarios á los que apenas adivina tras el humo del pasto y el fuego de su artillería, tiene que retroceder en desorden, permitiendo á los contrarios el paso que se les disputaba; pero el cambio de frente de la línea de batalla que amenaza envolver á Taylor, se le impide....

Destaca el general americano parte de su caballería sobre nuestra derecha, apoyando una batería que durante algún tiempo enfiló espantosamente los batallones mexicanos....

Hubo una desesperación infinita entre nuestros bravos soldados al verse y al sentirse así tan hechos pedazos por el plomo y el fuego del adversario que llovía sobre ellos en huracanadas ráfagas de muerte!... ¡Y resbalar y caer sobre la sangre de los compañeros, recibir como ellos la muerte, sin haberla podido repartir al enemigo en la misma hecatombe, sin haber podido devolver golpe por golpe, sin la suprema delicia de morir en el fragor del combate, de morir, al fin ¡pero matando!.... ¡Oh! sí,... de morir con el orgullo de que esa muerte será vengada con la carnicería del Invasor inicuo!... Pero caer, sentirse herido, adivinar que se va á sucumbir sin combate, eso era espantoso y desesperante para nuestras bravas tropas!....

No querían estar á la expectativa, inútilmente alineados en la llanura como fácil carnaza de los cañones contrarios.

¡Nuestros soldados frenéticos pedían á sus jefes que les permitiera el placer de lanzarse á bayoneta calada sobre el atroz invisible enemigo que con toda tranquilidad y sin peligro los despedazaba desde lejos!

— ¡Á la bayoneta! ¡Á la bayoneta! ¡Sobre ellos! ¡Viva la República! ¡Viva Méjico! — gritaban aquellos valientes en medio del estruendo de las descargas enemigas....

Los oficiales no podían contener á la tropa, y en vano también los jefes intentaban aplacarla gritando á su vez:

— ¡Un momentito y nos vamos sobre ellos!.... ya los tenemos acorralados, espérense, espérense, ya nos va á tocar la nuestra! Y así rugían los oficiales y así se desesperaban.

Pero la tropa, siempre batida por los fuegos del adversario que la cañoncaba á su sabor, llegó á indignarse á tal extremo que exigió atacar á la bayoneta á las mismas baterías americanas, amenazando con abandonar el campo si no se lo permitían. ¡Sublime espontaneidad patriótica!

El general Arista, que había visto el fracaso completo de su plan, rechazada la caballería de Torrejón por su izquierda; inútil el atrevido y heroico movimiento del cambio de frente de toda su línea de batalla, permitió al fin que aquella con sus regimientos y batallones cargara sobre el frente americano.

¡Pero era ya demasiado tarde! Nuestros valientes, fatigados, hambrientos, exhaustos, avanzando en prolongada línea, se desordenaron atropellándose unos á otros, batidos incesantemente por el fuego del invasor que fué menguando poco á poco, sin que por fin, habiendo aquél retrocedido velozmente pudiesen los nuestros atravesarle el pecho con sus bayonetas, — ¡lamentablemente vírgenes! — hasta el término de esta batalla que, aunque indecisa, fué para nuestra



patria una heroica hecatombe — acaso inútil sacrificio — y para sus enemigos poderosos, impune y acertadísimo cañoneo!

Vino la noche. El general Taylor retiró hacia el campamento de sus reservas las fuerzas de su línea activa parapetándose tras el espeso reducto que hubo de improvisar con sus centenares de carros, no escaseando tupidos cordones de centinelas entre los atrincheramientos de sus grandes guardias, en tanto que el general Arista retrocedía también de aquel sombrío campo de batalla, tan copiosamente abonado con sangre mexicana.



## II

## LA RESACA DE GUERRERO

Al amanecer del día 9 de Mayo, las fuerzas mexicanas que habían acampado la noche anterior en la colina que quedaba á la derecha del campo de batalla de Palo Alto, se retiraron por el camino de Matamoros, sosteniendo esta contramarcha una sección mixta al mando del general Ampudia, la que permaneció frente al enemigo, que no se movió de sus posiciones en el instante.

El general Taylor después de la batalla había reunido en su campo una junta de guerra para decidir de las operaciones que debían seguir después del choque con las fuerzas mexicanas, prevaleciendo entre sus oficiales la opinión de que debían atrincherarse en Palo-Alto ó retroceder al *Frontón* en espera de refuerzos. ¡Tal había sido el brío y la bizarría que habían demostrado nuestros pobres soldados bajo el terrible fuego de las baterías americanas en aquella para ellos tan sangrienta jornada!

¡Ah! si el general Arista en vez de haber dejado inmóvil horas enteras su línea de batalla ante el